

TEA FOR TWO

Ander Letamendía

La mano –de cuya utilidad, no es necesario convencer a nadie– es el instrumento fundamental del que el hombre se sirve para, además de jugar a pelota, ejercitar funciones tan elementales como alimentarse, asearse o vestirse. Los defensores de la teoría evolucionista del género humano –que están convencidos de que, con las manos, subíamos y bajábamos de los árboles–, ante la capacidad de tocar, ver y coger de la mano, se asombran del salto cualitativo que media entre el género humano y las especies inmediatamente inferiores.

De igual manera que en el mundo musical el pulso ha sido, durante años, la medida del ritmo, el palmo de la mano ha sido y es la medida humana y, a partir del hombre, del Universo entero.

Si a la mano le asociamos una pelota, tenemos, probablemente, uno de los deportes más antiguos de la Humanidad, el juego de pelota, que lo practican hasta los gatos y es conocido en todas las civilizaciones desde hace siglos y, en algunas, desde hace milenios.

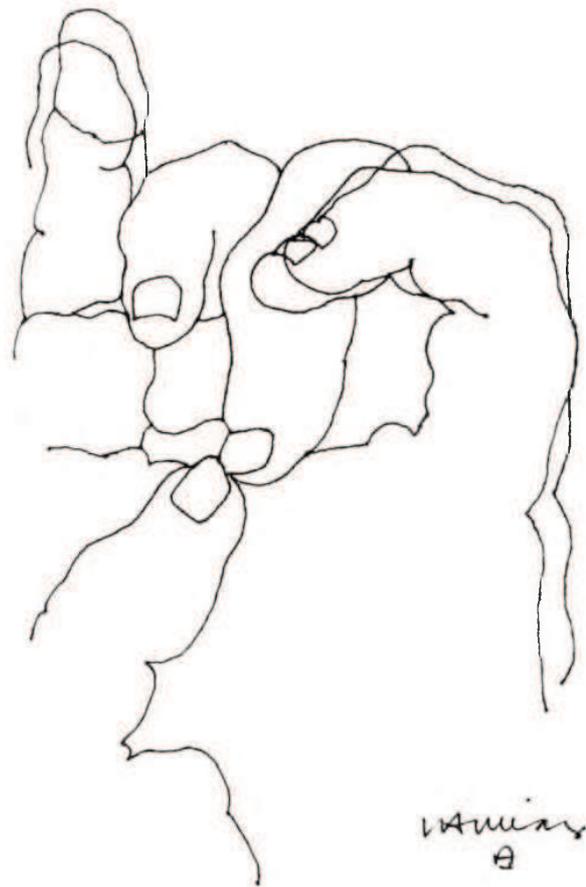
Y si para escenificar el juego inventamos el frontón, impecable escenario desde el punto de vista geométrico, tenemos el juego vasco de pelota donde siempre intervienen dos personajes principales: el protagonista, que en nuestro caso es la mano, y el antagonista, la pelota, punto de perfección casi irreplicable entre el guijarro certero y funcional de David y el diamante rosa de Tiffany's.

En tiempos en que la máxima preocupación del Comité Olímpico Internacional (COI) se centra en la búsqueda de medios que preserven de lesiones a nuestros deportistas, todos los esfuerzos deben orientarse para que, tras una reconciliación entre la sutil y delicada mano y la agreste y ruda pelota, en el desenlace de esta obra de teatro se alcance la victoria final del protagonista.

En 1851, ante la presencia de Napoleón III y la emperatriz Eugenia, se jugó un partido de pelota en Biarritz entre un trío gipuzkoano y un cuarteto vasco-francés.

El sacador “a mano” del trío –que, a pesar de la desventaja numérica, resultó brillante vencedor– fue D. Manuel Lecuona, el famoso pelotari, guitarrista, cantante, bersolari, confitero, cartero... “Urchalle”, oiartzuarra de nacimiento y vecino de Rentería.

Justo por aquella época, el novelista francés Julio Verne soñaba con poder caminar, algún día, sobre la superficie de la



luna. Pasaron más de cien años y los avances tecnológicos cambiaron tanto el mundo que, en 1969, Neil Amstrong, ante la atónita mirada de la humanidad, hizo realidad el sueño del famoso novelista.

En las postrimerías del siglo XX, albores del XXI, cuando en las agencias de viajes intentan programar estancias de una semana en la luna, cuando el color verde llena los frontones de esperanza, cuando la pelota se viste de inmaculado blanco y, sobre todo, cuando estamos a punto de ver jugar a los pelotaris profesionales en “galtzatxos” (tipo bermuda o “clown”: ni cortos ni largos) o en “txaparros” (versión libre del taparrabos), no sé si será forzar las máquinas del tópico señalar que las manos de los pelotaris manistas me siguen doliendo mucho, con ese dolor agudo, lancinante y tenebrante, producido por la pelota que golpea sobre una zona de la mano previamente dañada que, por ser *ofensa*, nos obliga a una *defensa* (a impedir, a apartar), y que se queda en mero aperitivo si se compara con el dolor psíquico que conlleva y que se llama miedo, angustia, inseguridad, terror, tristeza...

Aun cuando la única música que parece escucharse dentro del modernísimo mundo de la pelota es “tea for two” (té para dos), con cambios de orquesta, de músicos, de repertorio y de ritmos, desgraciadamente, las manos de los pelotaris continúan despamplonándose como las de “Urchalle” hace 150 años. ✍